

## **BLANCO, DIANA IRENE**

### **A MEDIO SOL**

No. No puedo aceptar que esta premura  
obedece a mi tiempo, el que pasa.  
Este querer no vivir desde la corteza  
a medio sol, a medio cuerpo, a media cara.  
Me declaro enemiga de la nada,  
cómplice de los nidos, inocente de los ocasos.  
Yo nací con un árbol de cigarras en la frente  
que no callan desde el agua morena de mis ojos.  
Enemiga de lo mínimo y de lo poco,  
de las ambiguas voces,  
de la imprecisión del viento;  
no pienso negar este mar, este océano sensitivo,  
nadando como un pez de luz en mi pulso en cautiverio.  
Me gusta la palabra inconmensurable.  
Me recuerda que soy una llanura de pájaros incendiados,  
¡es que nací para tener una boca tremenda  
y unos pies infinitos!

### **DULCE DUEÑA**

Cómo decirles a mis manos  
que tuve que apagar todas las luces  
y hacer de la caricia un relámpago antiguo.  
Que debí esconder mi fuego  
para que no me robaran las llamas.  
Que hube de refugiarme en la espesura  
y lamer mis heridas, juntar trozo a trozo  
mi corazón devastado.  
Cómo explicarles que mi sangre  
debió ser una mariposa lenta  
en los frutales caminos de mi vientre.  
Que apreté mis días de piel confundida  
para que no me quitaran el tiempo de la siembra.  
Que amordacé palabras para que no pisaran  
la huella de mi aliento.

Cómo decirles que esta mujer que soy,  
distante como las hojas brillantes de los álamos,  
rotunda y plural como una ola  
al fin, se pertenece.

## **FUGA**

Escapé de la noche.  
Salté sus muros de ojos vacíos.  
Mordí llaves voraces para que no me atrapara.  
Cerré puertas con trancas de hielo.  
Crucé sus pasillos de tinieblas, esquinas  
de espejados cansancios.  
Pisé las últimas veredas sin mirar su boca de tajo.  
Y afuera tropecé con otras noches.  
Ajenas y tan iguales a las mías.  
Algunas arrastraban desgastados harapos  
de viejas ternuras.  
Otras juntaban leños para calentar un lucero  
que ciertas madrugadas olvidaron.  
O hilaban pacientes minutos en relojes atrasados.  
Unas vagaban en barcas de tules temblando.  
Otras contaban monedas frías  
de inevitables desencantos.  
Mientras tendían en hilos de espinas pañuelos mojados.  
Muchas esperaban inútiles trenes  
a la luz de una brasa.  
En el andén de la noche todos estábamos.

## **TANTO FUEGO Y VIENTO**

Entonces sucede que uno se cansa  
de esperar un milagro.  
De arrimar tanto fuego y viento, inútilmente.  
De llevar la piel agujereada de nostalgias,  
de colgar el corazón en la ventana,  
como una bandera en un día de fiesta.  
De angostar las impaciencias,  
de esconder el muñón insolente de la esperanza.  
De soportar intemperies.  
De tener las uñas limpias y la sangre ordenada.  
Entonces uno abandona la acechanza

y decide levantar campamento,  
apagar las lámparas encendidas.  
Menos una, por si acaso.  
No vaya a ser que, por fin, llegue el milagro.  
Y a uno lo encuentre dormido.  
Y no me vea. Y pase de largo.  
O me confunda con una estrella de mar carcomida,  
con una rama descuajada.  
Y me quede sin el milagro.  
Porque lo otro es la rutina.  
Burlona, hiriente, cotidiana.  
Es una manzana mordida,  
una silla desvencijada,  
un ropero vacío,  
el pan de ayer.  
Esta inclemencia voraz que siempre viene.  
Y ese resplandor que nunca, nunca llega.